



Capítulo 1

El mal que está a mi lado¹

Dios me fortalece para que pueda mantenerme; El mayor peso de todos para llevar; El peso inalienable de la preocupación.
Christina Rossetti

Yo también me siento así

Todo lo que yo quería era sorprender a mi esposa.

Desde que nos mudamos a nuestra nueva casa, hace casi un año, la manilla de la puerta del refrigerador estaba en el lado equivocado. Había pospuesto el reemplazo porque era torpe con las cosas mecánicas. Pero ese jueves por la tarde, mientras mi esposa estaba en el trabajo, estaba decidido a redimirme y hacerlo bien.

Yo estaba en la mitad del trabajo. Había sacado el refrigerador y el congelador y quería tenerlo listo pronto para que nada se echara a perder. Estaba en el importante paso de cambiar las bisagras del lado derecho del refrigerador para el lado izquierdo, cuando me di cuenta que cada bisagra era fijada por dos tornillos estriados. Existe solo una herramienta en el universo que puede (con seguridad) soltar un tornillo estriado: una llave estriada.

Y no tenía una llave estriada.

En ese momento mis tres hijos decidieron comenzar el “espectáculo itinerante de rivalidad fraterna” en medio de mi problema. Perdí la cabeza. Y me desquité con ellos, aunque ellos no lo merecían. Ellos abrieron sus ojos como si yo fuese un monstruo de Alfa Centauro que deliraba y gritaba en un idioma desconocido.

En medio de este ataque de ira yo tuve una experiencia extra corporal. Vi mi cara distorsionada y roja gritando a mis encantadores hijos y supe inmediatamente que estaba haciendo una cosa horrible. Entonces me detuve y pedí disculpas a ellos, ¿cierto? Error. Algo me estaba controlando – como si algún extraño hubiese tomado mi cuerpo y me forzase a hacer su voluntad. Fue mucho después de que huyeron de mi ira que recuperé mi cordura y mi conciencia y me humillé ante ellos con disculpas.

Luego pasé varios días sintiéndome como un cachorro que había sido golpeado. ¿Realmente era ese malvado? ¿Cómo podría lastimar así a mis hijos? ¿Sería irreparable el daño que había hecho? ¿Me perdonarían? ¿Dios me perdonaría?

¿Alguna cosa así ya ha ocurrido contigo?

Cuando leo Romanos 7, me siento consolado porque Pablo se sintió de la misma manera.²

¹ Traducido de *O mal que habita en mí* (K. Lundgaard, 2004).

² Romanos 7 ha sido interpretado de varias maneras; pero en una inspección más minuciosa, claramente describe la experiencia de un creyente, más que de un no creyente. Para una breve y más clara discusión sobre esto, vea J. I.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: El mal que está a mi lado (Semana 1)

El texto me ayuda a entender mi locura y me entrega algunos conceptos teológicos substanciales para ello: “ley del pecado” (Ro 7.23), “este cuerpo de muerte” (v. 24), “mi carne” (“mi naturaleza pecaminosa” en otras traducciones, v. 18), “el pecado que mora en mí” (v. 17), simplemente “pecado” (v. 11) y “la ley del pecado y de la muerte” (Ro. 8.2). Los teólogos gustan llamar esto de “el pecado que habita en nosotros”.³ De cualquier manera que lo llamemos, él es un enemigo de Dios y de nuestra alma.⁴ La razón de este libro es que el primer paso para combatir este enemigo es conocerlo, y conocerlo bien.

El fundamento de nuestro conocimiento del poder del pecado que habita en la vida del creyente está asentado en la propia experiencia de Pablo. Él abrió camino con su lucha, muchas veces casi derrotado, contra las cuerdas, clamando al borde del fracaso (Ro 7.23-24). Aun así, cuando sonaba la campana, se levantaba con los pies sobre el cuello de su enemigo y levantaba la mano para recibir la corona de la justicia (2 Tim 4.7-8).

Cuatro verdades clave

Si queremos compartir la victoria sobre la carne sangrienta, tendremos que seguir a Pablo en la lucha. Y cuando lo hagamos, descubriremos las mismas cuatro verdades que lo humillaron en la batalla, todo expresado en un versículo:

“Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí.” (Ro. 7:21)

1. El hecho de que el pecado mora en nosotros es una “ley”.

La “ley” a la que Pablo se refiere es la misma cosa que él llama de “pecado que mora en mí” en los versículos 20 y 23. Ese sobre ese pecado residente del que estamos hablando. ¿Por qué llamarlo *ley*?

Pablo usa “ley” como una metáfora. Él necesita una forma de expresar el poder, la autoridad, la limitación y el control que el pecado ejerce en nuestra vida, y toma “ley” con un toque de ironía. Antes, en el inicio del capítulo, él había escrito sobre la ley *de Dios*, que debería gobernar nuestra vida, aunque la ley del pecado parece vencer en muchas batallas cuerpo a cuerpo. ¿Podría él haber escogido un contraste más maravilloso para desenmascarar las fuerzas mortales del pecado?

Medita sobre la metáfora de la ley por un minuto. Por un lado, podemos pensar sobre ella como una regla moral que nos orienta y nos manda hacer lo que ella requiere (“Honra a tu padre y a tu

Packer, *Keep in step with the Spirit* (Old Tappan, N.J.: Revell, 1984), 263-70. Ver también John R. W. Stott, *Men made New: An Exposition of Romans 5-8* (1966; edición norteamericana: Grand Rapids: Baker, 1984), 71-75.

³ A lo largo de este libro voy a usar estos términos de manera intercambiable.

⁴ Existen otros dos enemigos: el mundo y el Diablo. No voy a tratar sobre ellos explícitamente. Pero una vez que ambos hacen su trabajo apelando a nuestra carne (el pecado que habita en nosotros), cualquier victoria sobre la carne contribuirá también a su debilitamiento.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: El mal que está a mi lado (Semana 1)

madre”) o no hacer lo que ella prohíbe (“No matarás”). Más que eso, una ley que nos lleva a obedecer con ofertas de recompensa (“para que tus días se alarguen sobre la tierra que el Señor tu Dios te da”). Y nos obliga a someternos por medio de amenazas de castigo por la desobediencia (multa en dinero por incumplimiento).

Por otro lado, también podemos pensar en la ley del modo como hablamos de “ley de la naturaleza”. La gravedad, por ejemplo, es una ley que obliga a las cosas tomar una dirección. Ella nos moldea perfectamente bajo sus “comandos”. La gravedad no es una ley como una idea o como un precepto externo, sino una fuerza que puede hacer que los objetos “obedezcan” a su “voluntad”. En este sentido, toda necesidad e inclinación en nosotros es una ley. El hambre es una ley, la sed, la atracción sexual, el miedo – cada una nos obliga a cumplir sus exigencias, y cada una tiene una fuerza para inclinarnos en sumisión.

El mal que habita en nosotros funciona de esta manera – atrayendo, amenazando y hasta maltratando. De modo que Pablo lo llama ley para que podamos ver que es poderoso incluso en la vida de los creyentes y que está constantemente actuando para moldearnos de acuerdo a su carácter pecaminoso.

Estos nos lleva a una pregunta: “¿En qué sentido Cristo derrotó al pecado en el creyente?” La respuesta es que él derrotó su dominio, debilitó su poder y mató hasta sus raíces de manera que no pueda dar fruto de muerte eterna en el creyente. Sin embargo – y esto es espantoso, pero verdadero – el pecado es pecado; su naturaleza y su propósito permanecen inalterados; su fuerza y su ímpetu maligno aún nos agarran por el cuello.⁵

2. Encontramos esa ley dentro de nosotros.

Pablo había oído historias de horror sobre el pecado a lo largo de toda su vida. Había visto innumerables dedos levantados apuntando a su rostro y advirtiéndole del poder del pecado. Pero en Romanos 7.21 él pasó de la cómoda teoría a la turbulenta experiencia: *encontró* esa ley. Una cosa es que una persona se junte con un grupo y analicen críticamente disertaciones sobre el pecado original; una cosa muy diferente es encontrarse sometido por su fuerza y locura. Una cosa es asistir a una conferencia sobre el SIDA – cómo se esparce el virus, o qué hace en el cuerpo humano, o cuánto es posible tratar la enfermedad, y otra cosa es oír al médico decirte: “VIH positivo – los siento mucho”.

Pocas personas han llegado a un acuerdo con la ley del pecado. Si eso hubiese ocurrido con más personas, oíríamos más quejas contra ella en las oraciones, veríamos más luchas contra ella y encontraríamos menos de sus frutos por el mundo. Cuando encontramos esa ley en nosotros, el

⁵ Piensa en tu santificación en términos de la venida de Cristo al mundo. En su primera venida el estableció su reino en el mundo: él ya está gobernando y reinando, él derrotó al dios de esta era, él está sentado en su trono a la derecha del Padre; en tanto, la oposición aún permanece, y la batalla continúa. En su segunda venida él consumará su reinado, sacando a todos sus enemigos. Ser nacido de nuevo es la primera venida de Cristo a tu alma: él verdaderamente gobierna y reina en tu corazón, pero el enemigo derrotado permanece y la batalla continúa. Su glorificación después de la muerte es la segunda venida de Cristo a tu alma, cuando todo vestigio de la ley del pecado se desintegrará.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos
Estudio: El poder y la derrota del pecado
Tema: El mal que está a mi lado (Semana 1)

“¿Quién me librerá?” de Pablo resonaría en nuestros huesos.

Los creyentes son las únicas personas que encuentran a la ley del pecado operando dentro de ellos. Los no creyentes no tienen cómo sentir eso. La ley del pecado es un río furioso, que los lleva consigo; ellos no pueden medir la fuerza de la corriente, se rinden a ella, y son llevados por ella. Un creyente, por el contrario, nada contra la corriente – encara al pecado con la cabeza erguida y se esfuerza para resistir su fuerza.

3. *Encontramos esa ley cuando estamos en las mejores condiciones.*

Aunque esa ley del pecado sea muy poderosa, no gobierna el corazón del creyente. Pablo encontraba que la ley del pecado operaba en él mismo cuando *él quería hacer el bien*. No tropezó con ella en ocasiones en que estaba pecando grandemente, o cuando estaba indiferente a las cosas de Dios. Estaba consciente de ella cuando él más quería servir a Dios, cuando se decidió a obedecer a su Salvador y Rey, cuando Cristo dirigía su corazón.

A pesar del hecho que la ley del pecado opera desde dentro y ataca a los creyentes cuando están dando lo mejor de sí, ella no es su dictador. Los creyentes marchan a un compás diferente: “Yo quiero hacer el bien”, dice Pablo (Ro 7.21) – Quiero agradar a Dios, darle la gloria, servir a su pueblo, honrar su nombre. Por la gracia de Dios el deseo de obedecerlo normalmente prevalece en nosotros, incluso contra su insidioso enemigo interior.⁶

4. *Esa ley nunca descansa.*

Una vez que la gracia gobierna el corazón del creyente, él quiere hacer el bien. Podemos describir ese deseo de dos maneras. Primero, existe un deseo constante y generalizado de agradar a Dios (v. 18). Segundo, hay ocasiones en que el creyente tiene en mente una tarea particular que quiere cumplir, como orar con mayor fervor o dar el diezmo de sus ingresos a Dios (“Queriendo yo hacer el bien” – v. 21). La ley del pecado se opone a ambos.

La “ley del pecado y de muerte” está en una guerra constante contra el deseo primordial del creyente de agradar a Dios (vv. 14-25). Pero el pecado va más allá: cuando el creyente decide hacer

⁶ Aunque la gracia normalmente prevalezca en nosotros, en esta vida ella nunca se manifiesta perfectamente (Gálatas 5:17). En nuestros momentos de mayor amor y humildad, un toque de orgullo aparece para manchar nuestras obras más justas. Debemos vivir totalmente dependientes de Cristo. Juan describió el corazón del creyente renovado por Cristo y bajo su gobierno: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios” (1 Juan 3:9). “Practicar el pecado” y “pecar” significa hacer del pecado su carrera en la vida. El creyente tiene una nueva naturaleza – la simiente de Dios en él – que no puede vivir en paz con el pecado. Eso distingue al creyente, donde lo que él considera peor, el no creyente lo considera mejor. Cuando un creyente se tambalea y parece hundirse por ceder a la tiranía del pecado, su nuevo corazón continúa odiando al pecado, de modo que no tendrá paz hasta que el pecado sea aplastado. Pero un no creyente que de manera superficial parece ser gentil y respetable, si Dios retira de él su gracia irresistible, irá voluntariamente y con satisfacción entregándose al pecado.



Primera Iglesia Presbiteriana de Santiago – EBD Clase Adultos

Estudio: El poder y la derrota del pecado

Tema: El mal que está a mi lado (Semana 1)

hasta el más simple trabajo para Dios, el pecado lucha contra él en ese punto (“El mal que está en mí” – v. 21), tornándolo somnoliento o distraído cuando debería orar, o duro y ambicioso cuando debería dar el diezmo.

¿No te sientes a veces como el Dr. Jekyll y Mr. Hayde? Todo creyente que es también un pecador (esto es, todos los creyentes) se siente así. “Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisieréis.” (Gálatas 5:17).

¿Quién me libraré?

Descubre más

Estamos al principio de la obediencia a Dios. Entender estas cuatro verdades sobre el pecado latente es armarse contra él. En tu lucha contra el pecado, existe solo una cosa más importante a ser comprendida que los cuatro hecho ya descritos: la libre y justificadora gracia de Dios por medio de la sangre de Cristo. La gracia de Dios en Cristo y la ley del pecado son las dos fuentes de toda tu santidad y pecado, alegría y dificultades, refrigerio y tristeza. Si estás dispuesto a caminar con Dios y glorificarle en este mundo, necesitas conocer ambos a fondo.

Supón que existe un reino que tiene dentro de sus muros dos poderosas fuerzas opuestas. Los súbditos del rey estarán siempre desconfiando, tramando y luchando entre sí. Si el rey no tuviera sabiduría, su reino se transformará en ruinas.⁷ La ley del pecado y la ley del Espíritu de vida (Ro 8.2) en nosotros son enemigos mortales. Si no somos espiritualmente sabios en dirigir nuestra alma, ¿cómo podremos evitar destrozarnos a nosotros mismos?

Pero muchas personas viven en la oscuridad y en la ignorancia sobre su propio corazón. Mantienen un riguroso registro de sus inversiones en la bolsa de valores y hacen frecuentes chequeos médicos; cuidan su alimentación y hacen ejercicio físico en el gimnasio tres o cuatro veces por semana para mantener el cuerpo en perfecto orden. Pero, ¿cuántas personas conceden el mínimo pensamiento a su propia alma? Si es importante vigilar y cuidar de nuestro cuerpo y de nuestras inversiones, que luego estarán muertos y desvalorizados, ¿cuánto más importante es para nosotros mantener nuestra alma inmortal?

Conocer el pecado que mora en nosotros, por más humillante y descorazonador que pueda ser, es nuestra *sabiduría* – si es que tenemos algún interés en descubrir lo que agrada al Señor (Efesios 5.10) y evitar cualquier cosa que entristezca a su Santo Espíritu (Efesios 4.30).

⁷ ¿Recuerdas a Roboam? Ver 1 Reyes 12.